

La Gracia de Dios Glorificada en un Etíope

Un sermón por el Rev. P. Honkoop (Sermón 25)

Lectura bíblica: Hechos 8:26-40

Salterio 135:1, 5
Salterio: 238: 1, 2, 3
Salterio 183: 2, 3, 4
Salterio 381: 2, 3, 4

Queridos amigos:

Nuestro texto para esta mañana se encuentra en la porción de las Escrituras que hemos leído, Hechos 8, versículo 30: “¿Entiendes lo que lees?”

Vamos a tomar como nuestro tema principal “La gracia de Dios glorificada en un etíope”, y lo consideramos con tres puntos principales:

- 1. El etíope encontró su delicia en los estatutos del Señor;**
- 2. El etíope encontró su vida en el mensaje de la cruz de Jesús;**
- 3. El etíope encontró el perdón de sus pecados en la sangre derramada de Jesús.**

Primer punto

Queridos amigos, en la historia que hemos leído nos encontramos con un hombre de mucha autoridad, quien había viajado de Etiopía a Jerusalén para adorar a Dios allí. Ahora bien, esa es una buena cosa, y espero que todos ustedes también hayan venido aquí hoy para adorar y glorificar a Dios, porque ¡Él lo merece! Este hombre era un etíope, un nativo de Marruecos, un lugar en África.

¿Qué vemos en este cuadro, amigos? Según su naturaleza, el etíope era negro. Según su nacionalidad, el etíope era un descendiente de Cam, el hijo maldito de Noé. El lugar donde vivía este etíope estaba ubicado a unas mil trescientas horas de distancia de Jerusalén. ¡Qué cuadro más apropiado de nuestra naturaleza corrompida! Por la naturaleza todos somos descendientes de la “Etiopía” del mundo: negros y deformados por el pecado, desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en nosotros “cosa sana, sino herida, hinchazón y podrida llaga” (Is. 1:6). Es cierto que no somos cananeos, los descendientes de Cam; sin embargo, y peor aún, somos descendientes de Adán, en quien fue pronunciada la maldición sobre toda criatura que tiene vida y aliento. Es más, por la naturaleza ¡cuán alejados estamos de la Jerusalén espiritual y del

Paraíso! Por la naturaleza estamos lejísimos de nuestra patria espiritual, y estamos sumamente alejados de Dios y Cristo; somos extranjeros de Dios, “alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). Estamos tan alejados de modo que hay una separación eterna entre el santo, perfecto, y glorioso Ser de Dios y el pecador que es abominable y maldito en su padre Adán. Hay una brecha entre Dios y nosotros, y esta brecha no puede ser reparada por ningún ser humano, ni tampoco por ningún ángel. Esa brecha sólo puede ser reparada por la sangre de Jesús que fue derramada en Gólgota. Solamente podemos ser salvos en y por Él y Él sólo, porque fuera de Él todo está perdido para siempre. “Porque de tal manera Dios amo Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

¿Pero es posible que venga algo bueno de Etiopia, de la descendencia maldita de Cam y Adán? Escuchemos las palabras de Salmos 68:31: “Vendrán príncipes de Egipto; Etiopía se apresurará a extender sus manos hacia Dios”. También el poeta de Salmos 87 dice en versículos 3 y 4: “Cosas gloriosas se han dicho de ti, ciudad de Dios. *Selah*. Yo me acordaré de Rahab y de Babilonia entre los que me conocen; He aquí Filistea y Tiro, con Etiopía; Este nació allá”, es decir, en la ciudad de Sion.

Aquí vemos cumplido lo que el apóstol Juan vio en la isla de Patmos, donde los cielos se abrieron para aquel pobre exiliado, y él clamo: “Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero” (Apocalipsis 7:9, 10).

Y, donde se manifiesta la gracia de Dios, se manifiesta libremente. Por aquí se manifestó en la vida del malvado rey Manasés, por allá se manifestó en la vida de una ramera, un publicano, o aun una Lidia piadosa, y por acá se evidencia en la vida del etíope negro. “Bienaventurado el que tú escogieres y atrajeres a ti, para que habite en tus atrios; seremos saciados del bien de tu casa, de tu santo templo” (Salmos 65:4). Tres veces bendito es aquel cuyo nombre se encuentra en el libro de la vida, como bien Jesús dijo a Sus discípulos: “Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lucas 10:20). Para tal persona la salvación es segurísima, por más negro, malo, o inicuo que sea. Nunca jamás será su nombre borrado de la lista de los salvos, y nunca jamás caerá del estado de la gracia en la cual Dios lo ha puesto. Oh, aquel pacto inmutable

e irrompible en el cual ha entrado Dios con Su pueblo, a través de Cristo, será establecido desde los siglos hasta los siglos. No es posible que el hijo de Dios salga fuera de este pacto como resultado de su pecado. Más bien, en el tiempo de Dios, y en la hora de Su amor, ellos vendrán. “Como ave acudirán velozmente de Egipto, y de la tierra de Asiria como paloma; y los haré habitar en sus casas, dice Jehová” (Oseas 11:11). Entonces dejarán todo lo que antes había sido precioso para ellos. Sí, la obra de Dios es irresistible, de la cual la Iglesia verdadera canta: “Por Él, solamente por Él, y por Su benevolencia”.

La historia nos cuenta que el etíope de nuestro capítulo era un eunuco. Un eunuco era un hombre que había sido castrado porque trabajaba como un funcionario para una reina del Oriente, también siendo el encargado de su tesoro y su confidente. Este es un cuadro de cada persona por la naturaleza: cortado de Dios, uno que es infructuoso en Adán, una vara cortada de almendro, llevando una matriz estéril. Es como dijo Jesús a la higuera: “Nunca jamás nazca de ti fruto” (Mt. 21:19). Sin embargo, vemos que nada puede impedir que Dios lo convierta, sea quien sea el etíope. El Señor dice: “Yo les daré lugar en mi casa y dentro de mis muros, y nombre mejor que el de hijos e hijas; nombre perpetuo les daré, que nunca perecerá” (Isaías 56:5).

También este etíope fue llamado un “eunuco, funcionario de Candace” (Hechos 8:27). Esto era el nombre dado a todas las reinas del reino africano en aquellos tiempos. Por lo tanto, podemos darnos cuenta de que este etíope era un hombre de mucha autoridad y dignidad. No obstante, por cuanto más rico, poderoso u honrado que sea, el etíope ya no puede encontrar su vida en aquellas cosas. No, ahora todo el lujo de esta vida no le importa nada. Por más que poseyera el oro de Ofir, no le daría ni siquiera un centavo del rescate que se requería por su pecado. Ahora el etíope anda como un hombre pobre, miserable y mendigante. Se da cuenta de su negrura, pero no de su negrura exterior, sino de su negrura interior, por lo cual lamenta día y noche: “¿Cómo puedo ser convertido a Dios?”, mientras de hecho ya *está* verdaderamente convertido a Dios.

¿A través de cuáles medios fue convertido este eunuco? Esto no lo sé, porque la Biblia no nos habla de eso, y tal vez el mismo eunuco no sabía en aquel momento por cuáles medios había sido convertido. Sin embargo, eso no es el peor de los casos, aunque una persona tal vez nunca supiera el momento preciso en el cual fue regenerado. Si la raíz del asunto se encuentra en el corazón, en Su debido tiempo el Señor proveerá el conocimiento de la obra que Él ha obrado en el corazón. Oh, hay una felicidad eterna que es la experiencia de aquellos para quien el mundo

entero, con todas sus riquezas, glorias, dulzura y placeres, ya ha perecido. Aquellas personas lamentan día y noche su negrura e impiedad que el resultado de su pecado, y claman con el Salmista: “Todas las noches inundo de llanto mi lecho, riego mi cama con mis lágrimas” (Salmos 6:6). Tal persona llega al punto donde ya no tiene manto con qué cubrirse; aún no tiene ningún manto sacrificial por lo cual puede acercarse a un Dios; y todavía no tiene el conocimiento espiritual por lo cual puede conocer a Dios y Su salvación. Este alma llega a ser muy angustiado por motivo del gran abismo que hay entre Dios y su alma a partir de la caída de Adán. Su culpa llega hasta los cielos, y no sabe dónde buscar la majestad y justicia de Dios.

Oh amigo etíope: ¿a dónde va ahora? Él está de ida a Jerusalén, pues no puede ser satisfecho con invocar el Nombre de Jehová en la tierra de los etíopes, no tampoco puede satisfacerse. Tenía el gran deseo de ir a la ciudad de Jerusalén, la ciudad de Dios, para adorar al Señor en Su templo con el pueblo de Dios. Pero, ¿acaso no es un viaje demasiado largo para él? Se calcula que su viaje le habrá costado unas mil trescientas horas, a través de desiertos, montañas, bosques, y valles, ni hablar de las bestias y otros peligros con que se encontraría en su viaje. ¿No es un viaje demasiado largo y peligroso, entonces? ¿Qué? ¿Un viaje demasiado largo o difícil? Oh amigos, para un alma que está experimentando la angustia espiritual obrada por Dios, no existe viaje que sea demasiado largo o peligroso, pues en su condición actual se encuentran totalmente perdido, así que no hay más que perder.

¿Qué pensaba el etíope que encontraría en Jerusalén? Oh, él pensaba encontrar la vida en una adoración legalista, guardando las leyes, observando las ceremonias, y santificando el día de reposo como había leído en la Palabra de Dios. Y, no será diferente hoy con de los hijos de Dios en el camino de la vida espiritual. ¿No es cierto que en los primeros tiempos de la vida espiritual, ellos piensan encontrar su salvación en toda clase de deberes y ceremonias legalistas? En el principio de la vida espiritual el alma trata de agradar al Señor con tantas maneras tortuosas. No obstante, mis amigos, pueden ir a Jerusalén, a la casa de Dios; puede ir al Monte Sinaí, a la ley, pero todo terminará, al final, en la muerte. “Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él” (Ro. 3:20), “mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro. 4:5). Fuera de Jesús no hay salvación, y veremos esto en nuestro segundo pensamiento, cuando consideramos que *el etíope encontró su vida en el mensaje de la cruz de Jesús.*

Segundo pensamiento

Por fin, después de su largo viaje, el etíope llega a Jerusalén. Por un tiempo sus expectativas comienzan a ser animados, pero al final, ¡cuán desaminado queda ese pobre hombre! Sin duda había tenido un buen viaje con este o aquel fariseo, quien le había llenado su mente con la basura de los que son “cristianos” sólo por nombre. Oh, esa secta no ha desaparecido hasta el día de hoy; hay muchos que llevan el nombre de “cristiano” que realmente están muertos espiritualmente. Esa gente posee una fe sin sustancia; sabe de Cristo sin saber de la cruz de Cristo, y se basa su salvación en un sacrificio sin el derramamiento de sangre. En pocas palabras, tales fariseos sólo piensan que conocen a Dios.

Aun en el atrio externo del templo de Jerusalén, que era lo máximo hasta donde pudo entrar un prosélito en aquellos tiempos, el etíope no escuchó más que las doctrinas farisaicas y leyes hechas por hombres. No escuchó ninguna palabra de vida, ninguna palabra de consuelo, de paz, o de la salvación; no escuchó nada acerca de Aquel, el bendito Señor Jesús, Quien había venido a este mundo para pecadores miserables como este etíope. Amigos, sigue igual hoy en día para los pobres de Dios cuando se sientan bajo una predicación que es fría y legalista, y donde uno no escucha más que las obras y las leyes del hombre, que no llevan más allá de la maldición y la condenación. Lo poco que aún vivía en el alma del pobre etíope ya muere allá en Jerusalén.

Y ahora, oh etíope vencido ¿qué harás? ¡Vuelve! Vuelve a tu tierra, porque aquí en Jerusalén no se encuentra más que la miseria y la pobreza de los habitantes de Jerusalén. Uno no encuentra la vida ahí, sino que parece asimismo igual que en la tierra de los paganos. ¿Saben que esto es un retrato de muchas personas de las iglesias de nuestro día? Nos encontramos con muchos que se jactan de ser buenos cristianos. Sus predicadores saben muy bien explicar la medida de la miseria que uno tiene que experimentar, pero no hablan ni una palabra de la redención de esa miseria que se encuentra en Cristo. Oh, estos “vendedores de la miseria” deben examinarse con oración, porque con tan solamente la miseria estarán eternamente excluidos del reino de Dios.

El caso es igual con aquellas personas que siempre hablan de la decaída del país y del pueblo, la decaída de la Iglesia verdadera, la decaída de la religión en la vida familiar y personal. Oh, sí es cierto que el pueblo de Dios ha llegado a ser muy pequeño, la Iglesia es esparcida como “huesos a la boca del Seol” (Salmos 141:7), y nuestros pueblos y países se han hundido profundamente. Sin embargo, ¿dónde hay los que llevan esto a su aposento alto? ¿Quién está orando por el pueblo y por la Iglesia ante Dios? ¿Quién verdaderamente toma al pecho la

aflicción de Israel y clama: “¡Oh, si mi cabeza se hiciese aguas, y mis ojos fuentes de lágrimas, para que lllore día y noche los muertos de la hija de mi pueblo!”? (Jer. 9:1) Oh, si hubiera tales oraciones, ¡entonces habría esperanza que Dios se levantara y que se volviera a nuestros pueblos adúlteros!

Entonces, ¿a dónde vas ahora, amigo etíope? ¡Regrese a Etiopía! Ensilla los caballos y vuelve de una vez. Y así es: el etíope comienza el largo camino de regreso por el desolado y peligroso camino rumbo a Gaza. Otra vez se encuentra en ese camino tan aislado y difícil.

Oh, ¡cuán difícil es el camino, pueblo de Dios! En aquellos momentos piensan que no hay Dios para su corazón triste, que no hay Fiador para su pecado, que no hay Espíritu para su consuelo, y que no hay Guía para su camino. Así es la vida de un hijo de Dios aquí en el mundo: atravesando caminos impasibles por los cuales, de todas maneras, tienen que pasar, sí, caminos de aflicciones, angustias, tristezas, y muchas pruebas más. ¡Cuán pesada puede ser la cruz del pueblo de Dios, cuán tempestuoso es el mar en el cual andan, y cuán calientes son los fuegos de la tentación que los azotan! Sólo piensen en el camino de Moisés, en el camino de José, en el camino de Job, o en el camino de David. Escuchen el lamento de Jacob durante su camino difícil de su vida. Es más, para el pueblo de Dios hay un desierto adentro, lleno de las tinieblas del pecado, y sin nada más que la muerte, la condenación y el infierno.

Entonces, ¿a dónde debemos ir nosotros? ¿Debemos ir a Jerusalén, o al Sinaí? No, amigos, no se encuentra ningún consuelo espiritual en ninguno de esos dos lugares; tenemos que regresar junto con el etíope. Es un dibujo espiritual: siempre tenemos que volver al lugar donde hemos dejado al Señor, es decir, al Paraíso. Allí se encuentra la fuente de toda nuestra miseria y de todo pecado; allí está el abismo; allí hemos robado a Dios Su honor, y allí hemos menospreciado Su justicia, hemos violado Su ley, hemos roto Su pacto, hemos violado Sus atributos, hemos ofendido Su majestad, y hemos rechazado Su autoridad.

Cuando el pueblo de Dios experimenta un poco de esto, entonces justifican a Dios en todo lo que hace, y condenan a sí mismo, porque el Espíritu ha obrado en ellos un amor por todos los atributos de Dios. Así escuchamos decir el ladrón de la cruz: “Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; más éste ningún mal hizo” (Lc. 23:41). Cuando se experimenta esto, hay veces cuando no pueden comprender el hecho de que en la mañana el sol aun brille sobre su casa, y que el Señor todavía no les haya desechado

para siempre. Es una maravilla para ellos que aún vivan en el día de la gracia y en el tiempo aceptable, y en el día de salvación (Is. 49:8).

Así es con todos los hijos de Dios, y también es así con el etíope. Este etíope todavía tenía una posesión, a la cual acudía mucho en su condición deplorable. ¿Qué tenía? El tenía el “rollo del libro”, la Palabra de Dios, y para él eso tenía más valor que cualquier otra cosa. El etíope se ha desgastado al intentar cumplir la Ley, pero ahora se siente atraído por el Evangelio. Esa Palabra de Dios llega a ser más y más preciosa para él. Pueblo de Dios, seguramente es lo mismo en su vida, y no es nada extraño para ustedes. Aunque no conozca a Jesús como Su Salvador, aunque tenga mucha duda aún acerca de su propia salvación, aunque todo testifique en contra de sí, y aunque sus ojos sean rojos al llorar tanto, la Palabra de Dios es preciosa para usted, ¿no es cierto? La Palabra de Dios está llena de promesas preciosas, consuelos, doctrinas e instrucciones para el pueblo de Dios, aunque puede ser que no se atreven a aplicar nada de ella a su propio caso. Hay algo de la Palabra que es dulce para ellos, como dijo David en el Salmo 119: “¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabra! Más que la miel a mi boca. (Salmo 119:103).

El pueblo de Dios observa algo glorioso en el Evangelio; es como la aurora de la mañana que se ve antes que nace el sol. Aunque el hijo de Dios no pueda nombrar lo que es, hay algo de la Palabra de Dios que le hace anhelar la salvación de Dios, y por eso no puede dejar de leerla. Así pasa con el etíope, y lo vemos alzando la Palabra de Dios otra vez, y está leyendo Isaías 53. Oh, ¡qué cosas más misteriosas, qué cosas más escondidas, y qué cosas más profundas se encuentran ahí! El etíope se siente poderosamente atraído al mensaje, pero no lo puede entender. Él recibe fuertes impresiones, pero aún no comprende las cosas escondidas mientras su corazón clama a Dios. Sin embargo, el Señor ve sus lágrimas y le dará consuelo. Será cumplido en la vida de este etíope lo que dijo David y lo que experimenta la Iglesia: “Este pobre hombre clamó, y le oyó Jehová” (Salmos 34:6).

Y ¿qué ocurre ahora? Dios, a través de Su Espíritu, le dice a Felipe: “Acércate y júntate a ese carro” (v. 29). Felipe encuentra al etíope, y le pregunta: “¿Entiendes lo que lees?” (v. 30). Seguramente con lágrimas el etíope responde a Felipe: “¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?” (v.31). ¡Cuán grande es la verdad que sale de la boca de este etíope! ¿Cómo entenderemos nosotros los misterios de Dios si no tenemos un Intérprete? Sin la luz de este Intérprete, el Espíritu Santo, la Palabra de Dios es un libro cerrado y sellado para nosotros, y la predicación de las Escrituras no afecta en lo más mínimo.

¿Qué piensan que hizo el etíope ahora? Leemos que “rogó a Felipe que subiese y se sentara con él” (v. 31). Seguramente el etíope había rogado a Dios que le enseñara, y a través de la oración toda dificultad puede ser quitada. La oración es la llave que abre los tesoros de la Palabra de Dios, revelando al pecador los misterios divinos que contiene. Según el propio testimonio de la Palabra de Dios, “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen”. (Salmos 25:14) Si el Señor nos enseña de que somos pecadores insensatos, pobres, y ciegos, también, en Su tiempo nos mostrará a Jesús, que viene en el “carro” del Evangelio, con Su Palabra de verdad, y Él estará presente con nosotros para que recibamos de Su boca las palabras de la vida eterna. El Señor dice en Su Palabra: “A sus pobres saciaré de pan” (Salmos 132:15). Así es que con la llave de la oración, la Palabra de Dios fue abierta para el etíope, pues ahora entendió lo que leía. De esta manera Felipe, como evangelista, es un representante del Espíritu Santo, y el “carro” que pertenecía a este culto especial fue el “carro” del Evangelio. Ahora bien, iremos en este “carro” a nuestro tercer pensamiento: *el etíope encontró el perdón de sus pecados en la sangre derramada de Jesús.*

Tercer pensamiento

Aunque el etíope se regocijó en el Cordero que sacrificó a Si Mismo, y aunque se deleitó en Él que era “como oveja delante de los trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca” (Is. 53: 7), todavía le quedaba mucho que para el etíope parecía cubierto en el velo. Lo que leyó hizo que pensara: “¿De quién habla el profeta Isaías en este capítulo?” No lo podía entender, y le preguntó a Felipe, su intérprete: “¿De quién habla el profeta? ¿Escribe de sí mismo o de otro hombre?”

Así es, amigos: puede ser que uno haya experimentado muchas cosas en el alma; puede ser que uno haya gustado de la bondad de Dios, y que haya recibido preciosas revelaciones de la verdad, y aun que uno haya recibido promesas mesiánicas, habiendo oído y leído mucho de Jesús y Sus sufrimientos como Fiador, y a pesar de todo esto, es posible que el hijo de Dios no tenga un conocimiento personal de Jesús, y que no comprenda nada de la obra sacerdotal de Jesús. Sin embargo, cuando el Gran Intérprete, el Espíritu Santo, nos guía en las cosas secretas de Dios, y cuando Él nos abre los ojos para los misterios de Dios, entonces recibimos el conocimiento verdadero, y nuestros ojos son abiertos. Es el Espíritu Santo Quien nos hace conocer al Cordero que fue matado y el Cristo de las Escrituras, y nos enseña estas cosas por medio de la proclamación de la Palabra de Dios, tal como hizo Felipe, proclamándole el mensaje de Jesús al

etíope. Fíjense bien, Felipe no le contó al etíope sobre su propia conversión, sobre sus propias experiencias espirituales, ni sobre las experiencias de la Iglesia, sino que Felipe le proclamó Jesús el Crucificado: Su nacimiento, Su obra, Su sacrificio, Su derramamiento de sangre, Su muerte, Su resurrección, Su ascensión al cielo, Su asiento a la diestra de Dios, y el derramamiento del Espíritu Santo. En breve, Felipe le contó todo el consejo de Dios.

Mis amigos, ¡podemos estar seguros de que ya este etíope vio mucho en el Cristo de que había leído antes! ¡Qué amabilidad, qué gloria, que belleza, y qué suficiencia encontró el etíope en Cristo! ¡Qué bendición encontró el etíope en Jesús, el Cristo crucificado! Ahora el etíope puede creer, es más, *tiene que* creer que también él está incluido en el número de los benditos, redimidos por Cristo. Seguramente exclamó con la Iglesia: “Mi amado es blanco y rubio, señalado entre diez mil” (Cant. 5:10). Es blanco debido a Su santidad, y es rubio como resultado de la justicia pagada por Su sangre.

Sin duda Felipe también habló al etíope sobre el significado del bautismo, pues dijo el eunuco: “Aquí hay agua; ¿qué impide que yo sea bautizado?” (v. 36) Él quiere decir: “¿Hay algo que impide que yo sea bautizado? Estoy preparado a ser sumiso en todo, a negarme a mí mismo en todas cosas, porque para mí Jesús es todo”. El etíope ve la sangre de la cruz reflejada en el agua, y se da cuenta de que solamente a través de Jesús él puede ser reconciliado con Dios, limpiado del pecado, liberado de culpa, y salvo del juicio de la muerte y de la condenación. El etíope es atraído a Jesús por el amor de Dios por un lado, y también es convencido de la necesidad de Jesús en su vida por el otro lado. Se entrega enteramente con el deseo de hacer todo para Jesús, Su honor, y su propia salvación. No obstante, también se da cuenta de que no puede vivir sin Jesús.

¿Qué más vemos aquí? Primeramente vemos la confesión de fe en Cristo, y luego vemos la remisión del pecado por medio de Cristo. El etíope cree que Jesucristo es el Hijo de Dios, en el cual únicamente hay el perdón de los pecados, y en el cual únicamente existe la posibilidad de ser liberado del juicio. No era suficiente para el etíope el hecho de que *existiera* una manera y una posibilidad de ser salvo; él experimentó que le era necesario ser justificado, reconciliado, y restaurado a la paz con Dios. No, el etíope no es como tantas personas hoy en día que reposan en su conversión, en sus emociones, en sus lágrimas, en las promesas, así poniendo como el único fundamento de su salvación la obra del Espíritu. El etíope, sin embargo, desea otro fundamento, el fundamento más firme, hecho por Dios, es decir, el Señor Jesucristo.

Cuando el etíope ya ha hecho su confesión de fe, y cuando ha declarado que preferiría morir que vivir sin Jesús, entonces el mandato Divino se da en su corazón: “¡Pare!” El etíope mandó parar el carro en que andaba, y él y Felipe descendieron al agua, donde Felipe le bautizó. ¡Qué maravilla eterna de la gracia! Sus pecados quedan atrás en lo que significa el bautismo, es decir, la preciosa sangre de Jesucristo. Oh, “bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad” (Salmos 32:2).

Así que el etíope tenía que parar con su carro del Evangelio, y tenía que descender del carro. ¿Qué quiere decir esto, amigos? A pesar de lo que trae el Evangelio, esto no es suficiente. Tenemos que pagar y satisfacer la justicia divina, y tenemos que aprender que no queda más que descender a la muerte de Adán y tomar la culpa de Adán sobre nosotros. Es necesario descender hasta las profundidades de las perfecciones y la justicia de Dios, donde la conciencia se pone de acuerdo con Dios, y la justicia de Dios se hace más preciosa que su propia salvación para el pecador. Es solamente entonces que el hijo de Dios puede ascender del estado de la muerte en Cristo, Quien, como el Abogado celestial, intercede con el Padre para Su pueblo condenado con Sus palabras: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo” (Juan 17:24). Y, cuando ve aquella sangre y justicia, Dios Padre, como Juez, absuelve a su pueblo de toda culpa, diciendo: “Que lo libró de descender al sepulcro, que halló redención” (Job 33:24). Halló la redención en Cristo Jesús. Es así que el hijo de Dios puede subir de las aguas de la muerte y encontrar la vida en Jesús.

¿Dónde quedaron los pecados del etíope ahora? ¿Y, dónde quedan los pecados de la Iglesia redimida? Quedan en el mar de la sangre de Jesucristo. Y Su pueblo será vestido con vestiduras de salvación, y con el manto de la justicia, con el cual aparece sin mancha delante del rostro del Señor, como si nunca jamás hubiera cometido pecado alguno. Cuando el pueblo de Dios sea llevado así a Él, escuchará de la boca del Padre: “Una es la paloma mía, la perfecta mía”; “En ti no hay mancha” (Cantares 6:9, 4:7).

Ahora no hablaremos acerca de la revelación de Dios el Espíritu Santo como la Tercera Persona de la Trinidad, como Él que sella la obra divina en el corazón, y Él que es Consolador y Guía para Su pueblo. Solamente diremos que el pecador ya librado de su culpa y condenación, con el etíope, seguirá su viaje con mucho gozo. “Mas los justos se alegrarán; se gozarán delante de Dios” (Salmos 68:3).

¿Será que desde aquel momento el etíope siempre haya andado con alegría y regocijo? ¡Oh, no! Esa alegría tenía que ver con la firmeza de su estado y la certeza de su salvación, como bien ha dicho Pablo: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro. 5:1). Sin embargo, en la condición de su vida, el etíope y todo el pueblo de Dios, en la vida de la santificación, vuelven más y más a su miseria, la cual les hace clamar con Pablo otra vez: “¡Miserable de mí!” (Ro. 7:25)

Por último, leemos que Felipe desapareció, pues cuando subieron del agua, el eunuco no le vio más. Sin embargo, leemos que el etíope “siguió gozoso su camino” (v. 39). Amigos, si Dios obra así en el corazón como lo hizo en el etíope, el ministro o el pastor por medio de quien Dios nos habló tiene que “desaparecer”; es decir, todos los medios por los cuales Dios nos habló tienen que caer a un lado, para que Dios tenga y reciba toda la gloria siempre. El etíope ya sabía que su Redentor vivía, y poseía un fundamento en el cual podía confiar. Había encontrado una fuente de la cual podía vivir, la cual es Cristo, y por eso Dios recibió todo el honor.

APLICACIÓN

Solamente diremos unas pocas palabras de aplicación personal, pues nos queda poco tiempo. Amigos, consideren una vez más a quién vino Felipe: a un pecador etíope. ¿Es el deseo de usted conocer a Cristo en la predicación de Su Evangelio hoy? Si su respuesta es “sí”, entonces primeramente usted tiene que conocerse como pecador. Donde no existe ese conocimiento del pecado, el “carro” del Evangelio puede andar en medio de nosotros, pero no habrá ningún intérprete para nosotros.

¿Sabe lo que yo hallo tan maravilloso en la historia de hoy? El Señor no le pregunta al etíope: “¿Quién eres? ¿Qué mal has hecho? ¿De qué raza corrompida has nacido?” ¡No, amigos! Tanto los habitantes de Etiopía y Tiro son llamados a la Ciudad de Dios. No hay ningún pecado, ninguna culpa, ninguna inmundicia, ninguna inmoralidad, no, ninguna de nada que le pueda impedir, tampoco a usted, por más que sean manchados sus dedos con sangre. El Jordán de la sangre de Cristo es lo suficiente ancho y profundo, y en ello se encuentra el perdón de todos pecados. Oh, que Dios abra sus ojos de cada uno, para que perciban y comprendan que sin Cristo seremos miserables para siempre.

Hijos de Dios en medio de nosotros, necesito recordarles de una cosa más. Fíjense que el etíope siguió en su camino. No leo que él haya parado, salvo por el tiempo que se detuvo para ser

bautizado. Así les exhortaré esta noche: Sigán camino adelante; no paren en el camino, y no se detengan hasta que sean encontrados en Cristo Jesús, y hasta que sean justificados en Él, para que entonces puedan viajar gozosos en el viaje espiritual que termina en el cielo.

AMÉN.